

7. DE LOS NUEVO-ZELANDESES.

Pocos pueblos hay que merezcan tanto el ser estudiados como los nuevo-zelandeses: su alma de un temple muy fuerte, presenta la mezcla de dulzura y crueldad que forma de la historia de un pueblo un cuadro pintoresco. En efecto, parece que los nuevo-zelandeses participan poco de las costumbres hospitalarias que caracterizan á algunas tribus de la misma raza establecidas en las islas del mar del Sur. A primera vista su carácter es sombrío y feroz: podriase decir que el ódio y la venganza son las únicas pasiones que los animan: todo extranjero que aborda á sus playas es para ellos un enemigo. Su fisonomía moral entristece al observador cuando se penetra de la barbarie de sus costumbres, de su antropofagia, de su instinto destructor, de la ceguedad de sus supersticiones, y de su desprecio de las cosas útiles de la vida, y sin embargo, en medio de unas costumbres tan distantes de una civilizacion aun naciente, se encuentran algunas de aquellas virtudes desarrolladas con un vigor que esta misma civilizacion no ha permitido aun ocultar bajo el barniz engañoso de la política. Todo zelandés tiene el mayor cariño á los individuos de su familia y á todos los de su tribu: interiormente concentra su afecto, en lo exterior no ve mas que enemigos y rara vez aliados; y si las tribus vecinas se reúnen entre sí, jamás está cimentada esta union sino en la necesidad de vivir en paz, y como vulgarmente se dice, en un estado de paz simulada ó poco sólida.

En los nuevo-zelandeses echamos de ver la misma fisonomía, costumbres, ideas religiosas y lengua

que en los habitantes de Taiti, de las Marquesas y de Sandwich; pero situados en un suelo menos favorecido bajo el concepto de los recursos, han conservado mucho mas intactas las tradiciones de sus antepasados. Los nuevo-zelandeses son por lo general mas altos y robustos que los otaitianos. La costumbre de la guerra y las marchas al través de las montañas, endurecen sus miembros, cuyas formas son atléticas; su talla por lo comun es de cinco pies y siete ú ocho pulgadas, y rara vez mas baja: el color de su piel se diferencia muy poco del de los hombres del Mediodia de la Europa. Su fisonomía es notable por la espresion; rara vez se muestra franca y abierta, antes bien por lo comun sus facciones revelan una sombría ferocidad. Lo que la distingue entre estos pueblos es una cara ovalada, frente estrecha, ojos grandes, negros y llenos de fuego; la nariz aguileña algunas veces, es por lo comun chata, la boca grande y gruesos los labios. Los dientes tienen buen esmalte, son pequeños y bien colocados. Usan el cabello largo y á mechones que les caen por la cara, y solamente los gefes se los atan formando un solo moño sobre la cabeza. Sus cabellos naturalmente son ásperos, su color es negro y alguna vez rojizo, debiendo atribuirse este último sin duda á la costumbre que tienen algunos de echarse polvos color de ocre. *Tui*, gefe del hippali de Kauera, que nos visitaba con frecuencia, tenia sus cabellos sueltos formando mechones, los cuales colocaba en sus expediciones militares, en disposicion de que diesen á su cara un aire mas terrible. La costumbre que tienen algunos naturales de llevar la barba larga y sobre el pecho, recuerda algunas de aquellas cabezas antiguas reproducidas por el pincel de nuestros grandes pintores. Los jóvenes tardan mucho en echar la barba: todos sus movimientos son ágiles y dispuestos; y aunque tienen las piernas perfectamente hechas, la cos-

tumbre que aquellos pueblos tienen de sentar en cucullas, les ocasiona pronto hinchazones en las corvas.

Todas las mugeres casadas que vinieron á bordo de la corbeta la *Coquilla*, tenían mucho mas desarrolladas las formas que las jóvenes esclavas que vivían en el buque, al que sus amos las enviaban con la intención de adquirir varios objetos en cambio de sus favores. La estatura de aquellas mugeres era fuerte y robusta y rara vez menos de cinco pies y dos ó tres pulgadas; la de las esclavas por el contrario, por un término medio, de cuatro pies y de tres á seis pulgadas. Semejante desproporción procede sin duda de la prostitución á que se ven condenadas aquellas infelices desde que son núbiles. El conjunto de las facciones que en la mayor parte de los pueblos distingue á las mugeres por su delicadeza, es en la Nueva-Zelanda diametralmente opuesto á las ideas que nos hemos formado de la belleza. Las muchachas en el principio de su primavera, tienen una cara ancha, facciones varoniles, labios gruesos y comunmente teñidos de negro por el picado; boca grande, nariz chata, cabellos mal peinados y colgando, un desaseo general, y en fin, el cuerpo impregnado de un hedor á pescado ó á focas que levanta el estómago. Pero la fealdad de este cuadro tan desagradable, desaparece en parte por algunas preciosas ventajas que la naturaleza les ha concedido; en efecto, su dentadura es hermosísima, y sus ojos negros, están llenos de fuego y expresión: por otra parte su efecto se aumenta aun mas por una cualidad difícil de encontrar entre las mugeres civilizadas. Las jóvenes zelandesas, cuya feliz ignorancia no conoce el uso de los corsées, tienen unos pechos que darían envidia al mármol por su dureza, y que á pesar de su volúmen conservan mucho tiempo su forma y elasticidad. Estos órganos no tienen influencia alguna en la imaginación de los hombres, que los mi-

ran como unos depósitos de donde sus hijos chupan la vida. Los trabajos domésticos, los partos, los goces prematuros, contribuyen á que en breve desaparezcan la robustez y frescura de los años verdes, y todas las mugeres de edad que vimos repugnaban por su flacura.

Ni mugeres ni hombres acostumbran quitarse el vello y estos están muy lejos de practicar la circuncisión.

Los viejos abundan poco. Las costumbres guerreras de estas tribus y los frecuentes combates que tienen, se oponen á que los individuos lleguen al término natural de su carrera.

La frialdad del clima no permite á los nuevo-zelandeses el uso de los baños, de lo cual resulta su chocante desaseo. Las mugeres, y particularmente las jóvenes esclavas, encargadas en escalar el pescado para secarle, tienen el cuerpo cubierto con una costra de grasa que desde lejos se anuncia por su fetidez, tanto mas desagradable cuanto mas comun es el que vaya unida con la del aceite de foca ó de marsopa con que se untan el cuerpo, cubriéndoselo en seguida con polvos de ocre: este último uso causa novedad porque tan solo lo practican los pueblos de raza negra. Además los mas de los zelandeses se desdennan de echarse en el pelo polvos rojos, y todos los que se nos presentaron con este adorno pertenecían á aldeas distantes de la bahía Marion, y procedían de lo interior de la isla.

Esta costumbre de desaseo está tanto mas arraigada en aquellos pueblos, cuanto mas fácil sería despojarse de los insectos que los devoran y de la costra que los cubre. Hombres y mugeres nadan perfectamente; pero solamente en caso de necesidad y jamás por gusto se echan al agua, y estas últimas conservan sin remudarse los paños del *phormium* que se ponen alrededor de la cintura hasta que ya no pueden

servir mas, pues no se los quitan para dormir, ni aun cuando están en el fondo de las piraguas en el agua, revueltas con las cabezas y tripas de los pescados,

El traje de los zelandeses varia muy poco en los dos sexos; pero como estas islas no producen los árboles preciosos de cortezas textiles de que usan los otaitianos para fabricar el papel gracioso y ligero de que hacen sus vestidos, han tenido que recurrir á otras materias, y las esteras que tejen con las fibras del *phormium tenax* son de singular belleza tanto por la substancia de que se componen cuanto por el trabajo. Una de estas esteras que llamamos *talata* cae sobre los hombros y el cuerpo; con otra se envuelven el tronco, y baja hasta las rodillas. En los inviernos, cuyo rigor es estremado en aquellas islas antárticas, agregan á la estera superior un tegido grosero y pesado que hacen con muchos manojos de filamentos de una especie de juncos que imitan á los vellones de lana que ponen en los collerones de las bestias de tiro en Europa. Esta clase de vestido se llama *toi* y los gefes usan en su lugar unas capas de pieles de perro cosidas á que dan el nombre de *Kabus uaizo*. El tegido de las esteras es muy variado: unas veces es liso y sin dibujo alguno, y otras es notable por la delicadeza de los adornos. En los paños de las jóvenes, particularmente de las esclavas, emplean unas hebras largas y sin batir del *phormium*, lo cual contribuye no poco á dar á esta parte del cuerpo una desmesurada amplitud.

La clase y el valor de los guerreros zelandeses se indican con un gran número de pedacitos pulimentados de hueso ó de jade, puestos en el pecho á orillas de la estera, y cuyo verdadero y primitivo uso era el de servir para rascarse la cabeza y matar los insectos que en ella se crian. Por lo demas tienen como todos los otros pueblos, gusto por el adorno, y el

que prefieren consiste en ponerse plumas en el pelo, y particularmente un manajo de plumas blancas y suaves en los agujeros de las orejas, que por lo comun reemplazan con pedazos de tela. Jamás se ponen en la cabeza cosa alguna que la cubra, y llevan colgando los cabellos; aunque sin embargo, algunas muchachas mas coquetas acaso que sus compañeras, nos hicieron visita llevando en la cabeza una guirnalda de musgo verde muy graciosa.

Los adornos de las mugeres consisten en collares de conchas llamados *pire*, en los que á veces cuelgan hipocampos pequeños ya secos. Es pronunciadísimo el gusto que tienen por las cuentas azules de vidrio de fabrica europea, y las buscan con el mayor empeño. Pero la alhaja mas preciosa, que usan solamente los hombres, y á cuya posesion se asocian ideas religiosas, es el fetiche de jade verde que representa una figura disforme que cae sobre el pecho suspendida de alguna porcion de hueso humano. Tambien es por una especie de supersticion el atarse á una de las orejas un diente acerado del voraz, que usan las mugeres para desgarrarse la cara y el pecho, para demostrar su vivo dolor por la muerte de los gefes ó de sus padres. Los isleños ponen en alto precio la conservacion de estos objetos cuando transmitidos por sus antepasados, se han hecho *tabues* ó sagrados. Creen que de su posesion depende la felicidad de la vida, y por el contrario los cambian con indiferencia y aun por bagatelas cuando provienen de sus enemigos, y que se los han arrancado con la vida.

Ya hemos tenido ocasion de indicar que los nuevo-zelandeses de algunos puntos de lo interior se cubrian la cara y los ojos, con un mejuje compuesto de polvos de ocre mezclado con aceite de cetáceos; sin embargo, este uso es poco general; pero no sucede lo mismo con el de ponerse anchos lunares negros,

en la nariz, la barba y las mejillas como lo hacen los jóvenes, y anchos lunares de color azul como usan las muchachas; este último adorno se llama *para-ekauai-una*. No se crea que estos pormereros son inútiles, pues agregados á otros hechos, son á veces muy necesarios para caracterizar las costumbres de los pueblos; y por otra parte ¿seria tolerable que criticásemos en unas tribus que se han mantenido estacionarias en su civilizacion, lo que el capricho de la moda hace aun mas ridiculo en las naciones europeas?

La necesidad que tienen todos los hombres de modificar las ventajas que han recibido de la naturaleza, se hacen tambien sentir vivamente entre los nuevo-zelandeses. El picado ó *moko* los ocupa toda su vida; y todos los años se someten á la dolorosa operacion que exige. Este picado es tanto mas notable cuanto que cubre ordinariamente la cara; y como se renueva con frecuencia, resultan por consecuencia profundos surcos formando círculos regulares, que dan á la fisonomía la mas singular expresion. Los habitantes de las islas Marquesas, y los nuevo-zelandeses, son pues, los únicos pueblos que se pican profundamente la cara; entre tanto que los otaitianos han perdido la costumbre, y prodigan este adorno en el cuerpo, y que los nuevos-zelandeses no le ponen mas que en las nalgas, disponiéndole en forma de círculos enrollados unos en otros. Las mugeres se pican la cintura formando una ancha faja de rombos; pero agregan aun á sus facciones, duros y repugnantes dibujos que no contribuyen á hermosearlas: asi es que tienen los labios surcados de rayas de un negro profundo, y de una especie de hierros de lanza profundamente impresos en los ángulos de la boca y en medio de la barba. Tan solamente los esclavos cogidos en su juventud ó los hombres de la ínfima clase, no llevan picados: todos los demas naturales no pueden dejar

de adoptar esta costumbre sin avergonzarse, y cuanto mas famoso es un guerrero, tanto mas ha experimentado la renovacion de esta operacion, y tanto mas se envanece de un blason que jamas consigue sin sufrir grandes dolores.

La arquitectura doméstica, y por este nombre designamos el arte de construir las cabañas, ha sido muy ingeniosamente aplicado por los zelandeses al clima en que viven, y á las costumbres belicosas que los animan. Sus habitaciones en lugar de ser grandes y ventiladas, forma que seria muy poco ventajosa en un pais combatido por las tempestades del hemisferio austral, son pequeñas y bajas, y sus lugares ó *kippah* no están jamas situados en llanura, porque podrian ser saqueados por sorpresa; antes por el contrario coronan siempre colinas ásperas y parages escarpados de difícil acceso. Estas cabañas son unos albergues en que no se puede entrar como no sea á gatas, y las familias que en ellas se recogen duermen revueltas sobre una paca de paja, en un espacio muy reducido, en que la respiracion de muchas personas mantienen fácilmente el calor necesario para que no pueda penetrar el frio. En su interior no hay mueble alguno, esceptuando algunas arquillas elegantemente esculpidas, algunos vasos de madera encarnada, cargados de dibujos de que se puede formar una idea por las figuras que dio Cook en su relacion.

La industria mas perfeccionada y notable del pueblo de que nos ocupamos es las de las fábricas de telas. En las variedades de estos recursos entre los varios oceánicos se echa de ver la sabia prevision de la naturaleza, pues que en las islas inter-tropicales, cuya temperatura es constantemente caliente, ha provisto de cortezas textiles, susceptibles de convertirse en telas ligeras y suaves, como en Otaiti, en las

de Tonga, en las Marquesas, y en las de Sandwich; y que en la Nueva-Zelanda, donde los frios de los inviernos son intensos, ha producido el *phormium*, con cuyas fibras, muy superiores á nuestro mejorlino, tejen las mugeres, y sobre todo las esclavas jóvenes robadas á sus familias á consecuencia de los desastres de la guerra, sus *mati* ó esteras elegantes llamadas *kahu* cuando sirven de vestidos, y *kura*, *kupenga*. etc., segun la parte del cuerpo á que se destinan. Estas esteras, por el aspecto satinado de las fibras del *phormium*, cuidadosamente despojadas de la materia viscosa que las engoma, están adornadas con dibujos que cayendo en pliegues, forman un traje que no carece de anagogía con el antiguo traje civil de los romanos.

Entre los objetos de utilidad que fabrican para sus necesidades diarias, se debe hacer mencion de las esteras vastas con que se cubren los hombros en tiempo de lluvia, y los sacos de junco en que guardan sus diferentes provisiones. El modo con que se preparan las fibras de *phormium* es tambien muy notable por su sencillez, al paso que en los ensayos intentados por algunos sabios con el laudable fin de utilizar una planta tan preciosa en Europa, no se han podido lograr aquellas mismas fibras con todas las cualidades que distinguen las que resultan por el método de los nuevo zelandeses. Estos últimos, despues de haber cortado las largas hojas de la *planta del lino*; (como llama Cook al *phormium* en la relacion de sus viages), las ponen á macerar por algunos dias en agua, y despues las quebrantan con un mazo de madera muy dura, sobre un tajo de forma oval de la misma madera. Esta operacion preliminar es su *haronga*, y por su medio el *chlorophilo* ó materia verde resinosa se separa de las fibras, incompletamente á la verdad; pero el cuidado que tienen despues de

rascarlas con fuerza con una concha que tiene filo, acaba de despojarlas de las partículas de aquellas materias que se oponen á su suavidad. Una vez limpias las fibras del *phormium* de la capa que las cubria, tienen el color dorado del mejor lino, unido á la suavidad y casi á la fuerza de la seda.

Las dos islas habitadas por los nuevo-zelandeses, sin estar situadas bajo altas latitudes, experimentan sin embargo, la influencia de una temperatura rigurosa por los furiosos vientos que reinan una gran parte del año, y por las nieves que cubren los parages elevados. Los naturales que las habitan, conocieron muy luego la necesidad de hacer provisiones para el invierno; y como durante el buen tiempo cogen gran cantidad de pescado en las bahias de sus costas, secan y ahuman la mayor parte de él para vivir mientras que es imposible echar las piraguas al mar, y para preservarse de la hambre cuando sus *hippahs* están bloqueados por sus enemigos.

El suelo no produce como en las islas ecuatoriales una gran variedad de sustancias alimenticias; y la base de la existencia de los zelandeses se halla en la raiz leñosa de una especie de helecho que cubre todas las llanuras, y que se parece perfectamente á nuestro *pteris*. Muchas hortalizas y legumbres que les han proporcionado los europeos, son actualmente útiles á los naturales, y crecen casi sin que se cuiden, porque la tierra endeble les conviene: tales son las batatas, las patatas, y las raices. Los manjares accesorios en sus comidas consisten en marisco, langostas, á veces en cerdos y mas frecuentemente en pavos. Las carnes de sus enemigos muertos en el campo de batalla, á quienes devoran con tanto gusto, no se reputen como objeto de alimento, sino como destinadas para servir en actos misteriosos de religion.

Su arte de cocina es tan sencillo como la naturaleza de sus alimentos. No se diferencia de la de los demas oceánicos, y consiste en asar las sustancias sobre las brasas, ó bien en unos *umus* ú hornos subterráneos con ayuda de piedras calientes: dan el nombre de *taro* á una especie de pan que hacen con la raíz del helecho *eroi* que es el *accrostichum furcatum* de Forster. Los esclavos recogen estas raíces y las ponen á secar al sol en unos cañizos; para reducir las á pan, las trituran en un mortero de madera, hasta que quedan como una pasta parda amarillenta, viscosa como la liria, y llena de partículas leñosas. Amasan esta pasta con unos cilindros semejantes á las barras de extracto de regaliza, y contiene muy poco principio nutritivo: bajo este concepto debe parecerse al pan que hacen los islandeses con la corteza de los abetos. Hemos visto á los neozelandeses comer con sensualidad pescado medio podrido que despedía un hedor intolerable; pero lo que es aun mas notable es la costumbre que tienen de aprensar y envolver muy atado y envuelto en hojas una gran cantidad de pescadillos del mismo modo que los otaitianos preparan sus conservas de plátano.

El agua pura es la única bebida de aquellos pueblos, que aborrecen los licores fuertes; y si alguno de ellos y aun muchachas jóvenes beben aguardiente, es porque han contraído tan perniciosa costumbre durante su permanencia en los buques europeos. Comúnmente hacen tres comidas, llaman *kenga dua* á la del medio día, y *kaiahi-ahi* á la cena: ponen en el suelo los alimentos y los hacen pedazos con los dedos. Los guerreros á veces emplean instrumentos hechos con huesos humanos procedentes de algun enemigo á quien han muerto en el campo de batalla: compramos uno de estos tenedores de cuatro dientes

formado con el hueso radio del brazo derecho, que estaba adornado de relieves de nácar ejecutados con esmero.

Las redes de que se sirven aquellos pueblos son absolutamente análogas á las nuestras, y son de tres clases: sus *sennes*, hechas con hojas de *phormium*, tienen inmensa estension, y son por lo comun propiedad de todos los habitantes de un lugar; sus anzuelos compuestos de un pedacito de palo duro y armados con huesos puntiagudos y harponados son á veces de nácar. Las cuerdas con que los atan están muy bien torcidas y tienen mucha fuerza.

Sus piraguas ó *waka* son notables por las esculturas que los adornan. Los habitantes del Norte, que en sus frecuentes comunicaciones con los europeos han recibido gran número de instrumentos de hierro, han abandonado actualmente su construccion. La mayor parte de aquellas ligeras embarcaciones son ahuecadas de un tronco de árbol, y tienen por lo comun hasta cuarenta pies de largo. Cerca de *Kauera* medimos una hecha de un solo pedazo, con sesenta pies de largo, tres de profundidad y cuatro de ancho. Están pintadas de encarnado y adornadas con plumas de pájaros formando festones por los lados; la popa sobresale del agua como unos cuatro pies, y se compone de esculturas alegóricas que están superpuestas á la figura de un hombre que tiene en la mano derecha el *lingam*: en la proa ponen una cabeza horrible con los ojos de nácar y con la lengua extraordinariamente sacada, lo cual significa entre estos pueblos, el valor provocador de la guerra y el desprecio de los enemigos. Estas piraguas pueden contener hasta cuarenta guerreros; casi siempre son sencillas, y los remos que usan que llaman *oe* terminan en punta muy aguda, de manera que la tripulacion pueda defenderse con ellos en caso de una sor-

presa. Su marcha es rápida, sea á la vela, sea al remo: las velas de que se sirven los nuevos-zelandeses son de esteras de juncos tegidas groseramente, y de forma triangular, que llaman *oe-hia* ó remos del viento.

Aunque los nuevo-zelandeses son eminentemente inclinados á la guerra, y que para ellos es la ocupacion de toda la vida, no se encuentra entre ellos una gran variedad de medios de destruccion. Su valor consiste en atacar á un enemigo cuerpo á cuerpo, en triunfar por el poder de la fuerza, por lo comun han despreciado las armas ligeras, las flechas arponadas que se arrojan desde un matorral, y que manifiestan siempre la perfidia á la par que la debilidad. Asi es que con sus *patu-patus* hechos de jade verde rompen el cráneo á un enemigo ó le atraviesan con sus largas javelinás. Este *patu-patus*, atado al mango con una correa de piel, es el arma por excelencia del guerrero zelandés. Los *aríkis* ó sacerdotes tienen, como distintivo de sus funciones sacerdotales, un grueso garrote hecho con un hueso de ballena, cubierto de relieves. Sus *tokis* son unas hachas, tambien de jade, cuyos mangos están trabajados con el mayor esmero, y adornados con mechones de pelo de perro blanco. Gran parte de sus macanas son de madera muy dura y bien pulimentadas, y algunos gefes usan á veces unas mazas de la misma madera. Los naturales encargados de la defensa de los *hippahs*, que como hemos dicho están situados en parages muy escabrosos, hacen llover sobre los sitiadores multitud de piedras gordas; pero repelen mas particularmente sus ataques con sus largas azagayas, que por lo comun tienen de quince á veinte pies de largo, y á veces mas.

La bahia de las islas, situada en la parte Norte de la Nueva Zelanda es un punto ventajoso de arribada para los buques que surcan el Grande Océano; por

cuya razon concurren alli muchos balleneros ingleses ó americanos. Las numerosas tribus que viven en sus orillas, y que están unidas por vinculos de familia, se han penetrado de la gran ventaja que tendrian si poseyesen pólvora y fusiles, por cuya razon son estos objetos el precio de los viveres frescos con que surten á los buques europeos que los visitan, y el número de armas de fuego que han adquirido les ha puesto en el caso de hacer la guerra con ventaja á las tribus inmediatas y saquean los *hippahs* aun hasta larga distancia. De todas las invenciones europeas la que mas ha llamado su atencion, la que les parece mas sublime es la de las armas de fuego; es la única que ha merecido su aprobacion.

Jamás hemos comprendido la palabra *salvage* segun se usa en Europa para designar los pueblos que se han quedado estacionarios en su civilizacion. Todos estos salvages tienen un culto por mas grosero que sea, reconocen autoridades superiores, tienen ideas sociales convenidas desde tiempos antiguos, cultivan las bellas artes, nombran todas las producciones de su suelo y conocen sus propiedades. Ahora pues comparemos á estos pretendidos salvages con los hombres de nuestros campos. Los nuevo-zelandeses tienen tambien sus bellas artes: no las que consisten en levantar pirámides, construir palacios y representar en el lienzo los mas bellos rasgos de la historia, sino las que pueden cultivar por tradicion en medio del corto número de recursos que tienen. Los resultados de los ocios, la cultura del entendimiento, esta perfeccion moral de la civilizacion, parecerian incompatibles con las costumbres guerreras y el instinto destructor de estos pueblos; y sin embargo están mas avanzados en el canto, la escultura y la poesia, que en las artes mas inmediatamente útiles á las primeras necesidades de la vida.

El canto de los zelandeses es grave, monotonó y se compone de notas guturales, lentas y entrecortadas; va siempre acompañado de movimientos de ojos y de gestos mesurados muy significativos. Pero si su canto no tuvo la suerte de agradarnos, tampoco el nuestro mereció su aprobacion, y oyeron con la mas fria indiferencia nuestras canciones mas celebradas, y las fibras espesas de sus almas no se conmovieron con ninguno de los aires marciales que arrebatan y electrizan á un europeo; sin embargo, si delante de estos hombres tan impassibles se hubiese entonado su canto de guerra, la rabia y el frenesí se habrian apoderado de ellos, tan verdad es que en el efecto producido por la música se mezclan recuerdos é ideas locales. La mayor parte de sus cantos giran sobre asuntos muy licenciosos; y sea dicho de paso, este gusto que es muy pronunciado en todos los hombres, no se ha enmascarado en los pueblos civilizados sino con el auxilio de los equívocos y alusiones. Los zelandeses como los demas oceánicos, no unen idea alguna de deshonestidad á llamar las cosas por sus nombres, y jamás han producido como entre nosotros, los movimientos tumultuosos y desordenados que el freno de la decencia comprime sin destruirlos.

Su baile ó *heiva* es una pantomima en que los actores rara vez mudan de sitio, y que se compone de gestos ó movimientos de los miembros que se ejecutan con la mayor precision. Con mas frecuencia se colocan en fila los jóvenes guerreros, y uno de ellos canta palabras á que todos los demas bailarines responden con gritos acentuados; todos ejecutan movimientos rápidos de cabeza, ojos, brazos y piernas, y particularmente de dedos, que la cadencia dirige con grande exactitud y que el compás hace variar. Cada baile tiene un sentido alegórico, y no se ejecuta mas que en las circunstancias convenientes, por una de-

claracion de guerra, un sacrificio humano, funerales, etc. Las mugeres llamadas por la naturaleza de su sexo, á costumbres mas dulces, han imitado en sus juegos las funciones á que están destinadas en este mundo. Consiste, pues, su baile en movimientos desordenados que no pueden describirse, y nos limitaremos á dar cuenta de uno consagrado á *Ure* ó *Phallas*.

El único instrumento músico que hemos visto en manos de los zelandeses es una flauta ordinariamente de madera y trabajada con gusto: á veces emplean en su construccion porciones del hueso del muslo, en conmemoracion de alguna victoria ganada á hombres de una tribu estraña. En fin, observamos que los niños jugaban con trompos semejantes á los nuestros, sirviéndose de un látigo para que diesen vueltas; y sin duda que esta ligera observacion, unida á una suma mayor de hechos, no dejará de ser útil algun dia.

La lengua dulce y sonora de los oceánicos, es muy musical y ha experimentado algunas alteraciones en la Nueva Zelanda. Sus sonidos llenos de suavidad y dulzura en Otaiti, han adquirido aqui una pronunciacion mas áspera; lo cual proviene de la introduccion de consonantes, y particularmente de las letras K, H, N, L, y W. Los habitantes se han trasmitido por la tradicion oral gran número de poesias de remota antigüedad, cuyo origen y aun sentido alegórico ignoran. La mas célebre entre ellas es la famosa oda fúnebre ó *piac*, que empieza por este verso *papara te uati tidi*, etc. Del mismo modo que los taitianos, pueden ellos improvisar sobre cualquier asunto, y sus anales son cantos en que conservan la memoria de los sucesos notables, las apariciones de navegantes en sus playas, y las diversas circunstancias de su historia, ó los hechos de sus guerreros. Sus mugeres naturalmente inclinadas á la alegría, critican con ironia en sus coplas la pronunciacion incorrecta y ridicula de



los extranjeros, y trásforman en epigramas las costumbres que chocan con sus preocupaciones. Asi es que las jóvenes que vivian con los marineros de la corbeta la *Coquille*, y que no sacaban por recompensa de su favores mas que una porcion de víveres de sus amantes, los cargaban de sarcasmos en sus cantos empezando las coplas con estas palabras: *tayo ti taro*, etc.

Para dar una idea de la naturaleza del genio de aquellos pueblos, creemos útil trasladar aqui unos versos que tradujo en inglés Mr. Kendall, misionero que ha vivido muchos años en la Nueva Zelanda, y que es mas capaz que ninguno de sus compañeros de darnos algunos datos positivos é interesantes sobre la creencia de los naturales:

WAI ATA. (LA ADHESION).

*Cancion.*

E taka te e aou ki te tion marangai,  
Y oniona mai ai e koinga don anga,  
Tai raoua nei ki te puke kiere atou.  
E tata te ouunga te tai kia Taoua  
Ki a Koe, E Taoua, Ika ouiona ki te tonga  
Naou i o mai e Kahon e turiki  
E tabaoue eo mo to kou nei rangi  
Ka tai ki reira akou rangi auraki.

«Yo he trepado por las cimas escarpadas de las montañas para ser testigo de tu partida, ¡ó Taoua! y los vientos impetuosos que soplan del Septentrion, fecundo en tempestades, hicieron una impresion profunda en mi alma inquieta por tu suerte. La ola bramando se despliega todos los dias sobre la playa, y parece que viene del pais lejano de River entre tanto que tú navegas á merced de los vientos, y que desterrado de tu patria corres hácia las regiones de donde sale el sol. En mis hombros ondea como un dulce recuerdo el vestido que tú llevabas y que me dejaste como prenda de tu amor. Cualquiera que sea el lugar de la tierra adonde diriges tus pasos, alli mi afecto te seguirá para siempre.»

Parece que la escultura es el primer paso hácia la civilizacion, cuando no es su resultado; y como es la representacion material de los seres, se la encuentra mas ó menos informe en todos los pueblos inmediatos á la condicion humana primitiva. Este arte entre los zelandeses anuncia gusto y principios fijos; porque frecuentemente reproducen los mismos dibujos, las mismas formas en las mismas proporciones. ¡Qué de tiempo no exigen los adornos esculpidos de sus piraguas! Los procedimientos con que han llegado á conseguir pulir un jade durísimo y trasformarlo en idolo, horrible sin duda, denotan por otra parte una grande habilidad, y nos son desconocidos, aunque no se puede dudar que son el fruto del tiempo y de la paciencia.

No hemos descubierto completamente cual es la creencia que los zelandeses profesan á la divinidad: sin embargo en cuanto es posible presumirla por la variedad de sus dogmas, debe suponerse que su religion es muy antigua, y se compone de una numerosa serie de ideas muy perfeccionadas y que no están corrompidas sino por el aislamiento desde su separacion de la raza de que descienden. Los zelandeses tienen una antigua tradicion por la cual saben que sus padres salieron de una grande isla para ir á habitar la Nueva Zelanda; pero el velo que cubre con profunda obscuridad su origen y el de las costumbres que profesan, no podria correrse sino por medio de las investigaciones atrevidas de un hombre instruido y establecido en aquellas islas, y acaso el misionero Kendall habria podido prestar grandes servicios en este punto, sino hubiese estado preocupado por un pensamiento dominante, y sino atribuyese exclusivamente la creencia de los nuevo zelandeses al sistema trinitario de Pitágoras, mirándole como una colonia de egipcios.